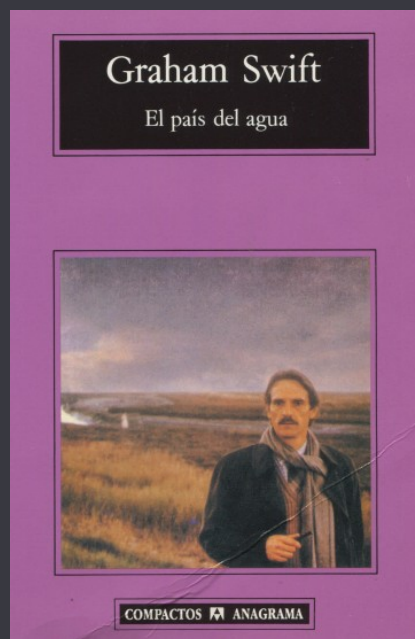




Visita al territorio de Graham Swift



Historia, ae, f. 1. Pesquisa, investigación. 2. a) Narración de acontecimientos del pasado, historia. b) Narración de cualquier clase: relato, cuento, historia.

«Nuestra era la tierra pantanosa...»

Grandes esperanzas

1

De las estrellas y la esclusa

—Y no olvides —solía decirme mi padre, como si temiese que en cualquier momento yo pudiera ponerme en pie y salir al ancho mundo en busca de fortuna—, por mucho que llegues a saber de las personas, y por malas que parezcan ser, que todas y cada una de ellas guardan en el fondo de su corazón algunos buenos sentimientos, y que todas y cada una de ellas fueron alguna vez un pequeño recién nacido que mamó la leche de su madre...

Palabras y consejos de cuento de hadas. Pero es que vivíamos en un lugar de cuento de hadas. En una casita de esclusero, junto a un río, en plenos Fens^[1]. Muy alejados del ancho mundo. Y mi padre, que era un hombre supersticioso, gustaba de hacerlo todo de modo que pareciese mágico y sobrenatural. Así, por ejemplo, siempre que colocaba las nasas para pescar anguilas lo hacía por la noche. Y no porque no se puedan colocar de día, sino porque se sentía atraído por el misterio de la oscuridad. Y una noche, en pleno verano de 1937, fuimos Dick y yo con él a colocar las nasas cerca de Stott's Bridge. Era una noche calurosa y sin viento. Una vez dispuestas las nasas nos tendimos a la orilla del río. Dick tenía catorce años y yo diez. Las bombas funcionaban con su monótono y sordo repicar por toda la comarca, tal como hacen siempre,

ininterrumpidamente, de modo que apenas las oyes, y las ranas croaban desde las zanjales. En lo alto, el cielo parecía poblado por un enjambre de estrellas, cuyo número parecía aumentar a medida que pasaba el tiempo mirándolas. Y mientras permanecíamos así tendidos, papá dijo:

—¿Sabéis qué son las estrellas? Son el polvo plateado de la bendición de Dios. Son pedacitos desprendidos del cielo. Dios nos los envió desde las alturas. Pero cuando vio que éramos tan malvados, cambió de opinión y ordenó a las estrellas que se detuvieran. Y es por esta razón que cuelgan del cielo, pero parece que en cualquier momento puedan bajar hasta nosotros...

Porque, además de supersticioso, mi padre sabía contar historias. Historias inventadas, historias verdaderas; historias consoladoras, historias amenazadoras; historias con moraleja o sin ningún sentido; historias verosímiles e historias increíbles; historias que no eran ni una cosa ni otra. Era una habilidad propia de toda su familia. Pero también la poseía mi madre..., y quizá él la hubiese aprendido de ella. Porque cuando yo era muy pequeño fue mi madre la primera que me contó historias, que, a diferencia de mi padre, no sólo inventaba sino que también sacaba de los libros, para hacerme dormir por las noches.

Y desde la muerte de mi madre, que ocurrió seis meses antes de la noche que pasamos tendidos bajo las estrellas, no lejos de las nasas, la pasión de mi padre por la oscuridad, su inquietud nocturna, se habían hecho obsesivas. Era como si estuviera dándole vueltas constantemente a una historia que todavía no había contado. Y a veces yo le observaba inspeccionar a la luz de la luna el pequeño huerto, o hablar con las dormidas gallinas, o caminar arriba y abajo junto a las compuertas o la esclusa, aunque sólo podía adivinar sus agitados pasos por la inquieta brasa de su pitillo.

Vivíamos en una casita de esclusero junto al río Leem, que llega procedente de Norfolk para desembocar en el Great Ouse. Y todo el mundo sabe que la tierra en esa parte del mundo es llana. Llana de

forma tan monótona y absoluta, que eso sólo es de por sí suficiente, podría decirse, para que quien vive allí se trastorne y no pueda dormir. Desde los muros que formaban las orillas del Leem, la llanura se extendía hasta el horizonte con su color uniforme, el negro de la turba, aliviado únicamente por los cultivos (las hojas verdegris de la patata, el verde amarillo del trigo); y esa tierra uniformemente llana sólo se veía interrumpida por los rectísimos surcos formados por las acequias y las zanjas de drenaje, que, según cual fuera el estado del cielo y el ángulo del sol, parecían cables de plata, cobre u oro que atravesaran los campos y que, cuando te ponías en pie y los mirabas, te inducían a cerrar un ojo y caer presa de infructuosas meditaciones sobre las leyes de la perspectiva.

Y sin embargo, esta tierra tan uniforme, postrada, domada y cultivada se transformaba a los ojos de mi mentalidad de niño de cinco o seis años en un desierto absolutamente vacío. Durante aquellas noches en las que mi madre se veía obligada a contarme historias, daba la sensación de que nuestra casita de esclusero estuviera en medio de la nada; y el ruido de los trenes que pasaban por las líneas que iban a King's Lynn, Gildsey y Ely era como el aullido de un monstruo que estuviera cerniéndose sobre nuestra soledad.

Mi padre era el encargado de la esclusa del río Leem que está situada a tres kilómetros de donde cede sus aguas al Ouse. Pero, debido a que la tarea del esclusero sigue un ritmo irregular y a que su paga, de la que se descuenta el alquiler que se pagaría por la casita, es escasa, y porque, fuera como fuese, en los años treinta el tráfico fluvial del Leem había disminuido mucho, mi padre también cultivaba verduras, tenía un gallinero y pescaba anguilas con sus nasas. Estas ocupaciones secundarias sólo tenían que ser abandonadas cuando venían las grandes lluvias o el deshielo. Entonces tenía que estar vigilante y actuar antes de que llegase la

crecida; debía levantar la compuerta, que estaba atravesada en el otro brazo del río a modo de gigantesca guillotina.

Porque delante de nuestra casita el río se dividía en dos canales, el más cercano de los cuales tenía la compuerta de navegación, y el más alejado la esclusa. En medio había un sólido dique de ladrillo visto, una diminuta isla en la que se encontraba la caseta que albergaba el motor que accionaba la esclusa. Y antes incluso de que el río hubiera crecido visiblemente, antes incluso de que su color hubiese cambiado y empezado a mostrar el tono pardo lechoso de las colinas de creta que encontraba en la zona de Norfolk de donde procedía, papá adivinaba en qué momento tenía que cruzar por las compuertas para dirigirse a la caseta y —con gruñidos metálicos y gorgoteo de agua liberada— poner en funcionamiento el mecanismo de la esclusa.

Pero normalmente la esclusa permanecía bajada, casi hasta el lecho del río, y su firme hoja retenía las lentas aguas del Leem para hacerlo navegable. En esos momentos, la superficie del agua remansada contra la esclusa permanecía tersa y plácida, y tenía ese olor típico de los lugares en los que coinciden el agua corriente y el ingenio humano, y que se huele una y otra vez en los Fens. Un olor fresco, legamoso, pero extrañamente penetrante y nostálgico. Un olor en parte humano, en parte de pescado. Y en esos momentos papá tenía tiempo de sobra para sus nasas y sus verduras, y apenas debía ocuparse de la esclusa como no fuera para combatir la herrumbre, engrasar las ruedas dentadas y sacar del agua los desechos que iban acumulándose.

Porque, tanto si había avenida como si no, el Leem arrastraba un incesante botín de restos flotantes. Ramas de sauce y de aliso, juncos, postes de cercados, cestos, ropa vieja, ovejas muertas, botellas, sacos de patatas, balas de paja, cajas de fruta, sacos de abono. Todo bajaba flotando arrastrado por la corriente, se iba amontonando junto a la compuerta de la esclusa y había que sacarlo de allí con bicheros y rastrillos.

Y fue así como, una noche de pleno verano, cuando las bendiciones que Dios nos había negado colgaban del cielo, aunque esto ocurrió bastantes años después de que papá nos contara la historia de las estrellas, pero sólo dos o tres después de que empezara a hablar de buenos sentimientos y de la leche de las madres, y en una época en la que el sordo repicar de las bombas de agua quedaba ahogado, al atardecer, por el rugido que los bombarderos producían al despegar —era, exactamente, en julio de 1943—, bajó flotando por el río Leem un objeto que dio contra la chapa de hierro de la esclusa y, arrastrado por los remolinos, siguió golpeándola y frotándose contra ella hasta la mañana siguiente. Era un objeto extraordinario y sin precedentes, que no podía ser retirado sin más del agua como si fuera una rama o un saco de patatas o incluso como si se tratase de una oveja muerta. Porque este objeto era un cadáver humano. El cadáver de Freddie Parr, que vivía a poco más de un kilómetro de nuestra casa y tenía mi misma edad, mes más, mes menos.

2

Del fin de la historia

Niños. Niños que vais a heredar el mundo. Niños (porque aunque tuvierais quince, dieciséis o diecisiete años, y fueseis candidatos al apaciguador calificativo de «jovencitos», yo siempre os llamaba, tácitamente, niños)..., niños ante los que durante treinta y dos años he tratado de desvelar los misterios del pasado, pero ante los que ya no volveré a presentarme, escuchad, una última vez, a vuestro profesor de historia.

Vosotros, más que nadie, deberíais saber que no os abandono porque yo lo haya decidido así. Deberíais saber qué poco adecuada era esa expresión, tan cruel en su brevedad, ese «por motivos personales», que el insigne director de nuestra escuela, Lewis Scott, ha utilizado en el anuncio que ha hecho en la reunión de esta mañana. Y deberíais saber el despropósito que fueron, en el momento de ser aplicadas, las presiones ejercidas por este mismo Lewis en nombre de la llamada lógica educativa. («No vayas a creer que a mí me gusta la idea, Tom, pero nos vemos forzados a reducir los gastos. Vamos a suprimir la historia. Podrías aceptar una jubilación anticipada...»). Deberíais saberlo porque fuisteis vosotros los testigos de que el viejo Crick, vuestro profesor de historia, ya había dejado, en cierto sentido, y por propia decisión, de enseñar historia. Cuando estaba explicando de qué manera, con un derramamiento de sangre ocurrido en París, empezó nuestro mundo

moderno, se interrumpe a la mitad y empieza a..., contar historias. No sé qué de vivir junto a un río, de un padre que pescaba anguilas, y del cadáver de un ahogado que fue encontrado, hace muchos años, en ese río. Y entonces fue cuando lo comprendisteis: el viejo Crick trataba de meterse él mismo en la historia; el viejo Crick intentaba mostraros que él mismo no era más que un fragmento de lo que enseñaba. Dicho en otras palabras, el tipo se flipó, se volvió majara...

O, como dijo Lewis:

—Quizá tendrías que tomarte unas vacaciones. Pedir un trimestre de excedencia. ¿Qué te parece? Tendrías por fin una oportunidad para dedicarte a escribir ese libro tuyo, ¿cómo se titulaba?, ¿*Historia de los Fens* o algo así?

Pero no acepté su ofrecimiento. Porque resultó que, casualmente, os dedicasteis a escuchar atentamente, todo oídos, las nuevas clases que acababa de inventarme. Escuchasteis las locas leyendas del viejo Crick (¿eran de verdad?, ¿eran inventadas?) de un modo como jamás habíais escuchado los inverosímiles prodigios de la revolución francesa.

De modo que sólo cuando ocurrió cierto acontecimiento, más extravagante incluso que el nuevo tipo de clases que os daba vuestro profesor de historia, en el que estaba complicada su esposa, la señora Crick y al que, como ya sabéis —dada la palmaria ironía de la profesión de su marido—, se dio una enorme importancia en la prensa local; finalmente mi partida llegó a ser inevitable y necesaria.

*La esposa de un profesor admite haber robado un niño.
«Dios me ordenó que lo hiciera», le dijo al tribunal.*

Fue uno de vosotros, niños, un muchacho de pelo rizado que se llamaba Price y que (en contra de lo que decían las normas, pero con mi consentimiento) tenía la costumbre de embadurnarse las

mejillas con un maquillaje blanco que daba a su rostro la palidez de un cadáver, quien un día, interrumpiendo la Revolución francesa y expresando la conocida protesta que todos los profesores de historia saben que tarde o temprano tendrán que oír (para qué sirve la historia), afirmó tajantemente que la historia era «un cuento de hadas».

(La maldición de los profesores. El fastidio-clases. En cada curso hay un alumno así. Pero éste es diferente...).

—Lo que importa —prosiguió Price, sin tener ni idea de qué clase de cuento de hadas iba a complicar simultáneamente a su profesor de historia y a la esposa de su profesor de historia— es el aquí y ahora. Y no el pasado. El aquí y ahora, y el futuro.

(Ésta fue, Price —aunque de esto tú no te diste cuenta—, precisamente la actitud que desencadenó los acontecimientos de 1789). Y luego —tras hacer rápida alusión a ciertos problemas del momento (la crisis de Afganistán, los rehenes de Teherán, la peligrosa y aparentemente incontenible acumulación de armas nucleares), y suscitando así en vosotros, sus compañeros de clase, un repentino y abrumador desahogo de vuestras pesadillas colectivas— anunció, con un temblor en los labios que no era consecuencia únicamente del hecho de que estuviera pronunciando unas palabras que sin duda (¿no es cierto. Price?) habían sido meticulosamente ensayadas:

—Lo único que importa...

—Sí, Price, lo único que importa...

—Lo único que importa de la historia, creo, es que ha llegado a un punto en el cual probablemente esté a punto de concluir.

De manera que decidimos cerrar los libros de texto. Dejamos a un lado la Revolución francesa. Nos despedimos de ese antiguo y trillado cuento de hadas con sus derechos del hombre, sus gorros frigos, sus escarapelas, sus banderas tricolor, sus alarmantes guillotinas y su curiosa convicción de que había ofrecido al mundo un nuevo comienzo.

Después de haber captado en mi joven pero no por ello despreocupada clase los contagiosos síntomas del miedo, empecé a decir:

—Érase una vez...

Niños que vais a heredar el mundo. Niños a los que, a todo lo largo de la historia, se os han contado tantos cuentos, principal pero no únicamente a la hora de acostaros, a fin de calmar vuestras inquietudes; niños que sentís una necesidad de historias que sólo puede compararse a la necesidad que los adultos sienten de tener niños a quienes contárselas, de receptores para su gavilla de cuentos de hadas, de oídos atentos en los que descargar, a los que transmitir esos cuentos de hadas casi inverosímiles y sin embargo tan hechizadores que son sus propias virtudes; niños: nos van a separar. Lewis ha procurado que así sea. Perdonad mi emoción. No merezco vuestras protestas. (Eso de que necesitamos a nuestro Crick, necesitamos todo eso que nos cuenta). No creo que podáis comprender que después de treinta y dos años os haya embutido a todos en uno, ni que ahora sepa lo que sufre la madre a la que le roban su hijo... Pero escuchad, escuchad. Vuestro profesor de historia quiere daros la versión completa y definitiva...

Y como los cuentos de hadas necesitan un decorado, un decorado que, como los decorados de todos los buenos cuentos de hadas, tiene que ser palpable e irreal a la vez, dejadme que os hable...

3

De los Fens

Que son una depresión situada en el levante de Inglaterra, de una superficie de más de tres mil kilómetros cuadrados, que limita al oeste con los montes de piedra caliza de los Midlans, y al sur y este con las colinas de creta del Cambridgeshire, Suffolk y Norfolk. Por el norte, los Fens avanzan en un frente de veinte kilómetros de ancho para encontrarse con el mar del Norte, en el Wash. Aunque quizá sea más correcto decir que el Wash pide ayuda a las fuerzas del mar del Norte en un esfuerzo constante por volver a recuperar su antiguo territorio. Porque lo más importante de los Fens es que son tierras rescatadas del agua, tierras que antaño fueron agua, y que, incluso hoy en día, no son del todo sólidas.

Hubo un tiempo en el que las aguas del Wash^[2], superficiales y de curso muy variable, no se detenían en Boston y King's Lynn sino que su húmeda lengua penetraba por el sur hasta puntos tan alejados como Cambridge, Huntington, Peterborough y Bedford. ¿Cuál fue la causa de que se retirasen? La respuesta puede reducirse a una sola palabra: sedimentos. Los Fens se formaron por medio de los sedimentos. Sedimento, una palabra que en inglés, *silt*, se pronuncia dejando que el aire se deslice entre los dientes, y sugiere la acción de un agente lento, furtivo, como intencionado. El sedimento da forma a los continentes, y los mina; demuele mientras

construye; es, simultáneamente, acumulación y erosión; no es progreso ni decadencia.

Primero llegó procedente de la costa de Yorkshire y Lincolnshire, arrastrado por las corrientes costeras que, fluyendo hacia el sur, iban a dar en antiguo Wash. En la cresta negroazulada que se encuentra debajo de la tierra de Cambridgeshire existen unos depósitos de sedimento que contienen restos de conchas de una especie muy común en las playas y los acantilados del nordeste de Inglaterra. Fue así como llegaron, procedentes del mar, los primeros sedimentos a los que se añadieron los aluviones terrestres arrastrados por los ríos, el Ouse, el Cam, el Wellam, que desembocaban, y siguen desembocando, en el cada vez más menguado Wash.

Los sedimentos fueron acumulándose, nacieron las primeras plantas propias de las marismas, y después también otras plantas. Y con las plantas empezó la formación de la turba. Y la turba es el segundo en importancia de los elementos que forman los Fens, y el origen de su notable fertilidad. Antiguamente era la base sobre la que se sustentaban grandes bosques que se desplomaron y se hundieron cuando, debido a ciertos cambios climáticos, las aguas volvieron a inundar la región. Hoy en día forma esa rica tierra que produce remolacha y patatas, y es la mejor de todo el país. Pero sin sedimentos nunca habría habido turba.

Todo esto estaba todavía ocurriendo hace no demasiado tiempo. En el año 870, las flotas vikingas navegaban sin dificultades hasta Ely, a través de una región que todavía estaba formada predominantemente por agua. Doscientos años más tarde, cuando defendía esa misma tierra alta de Ely, Hereward vio cómo los normandos que le sitiaban se debatían y acababan ahogándose en las traicioneras ciénagas de turba. El paisaje seguía siendo predominantemente líquido.

Piénsese en la equívoca actuación de los sedimentos. Precisamente porque hacen subir el nivel de la tierra, repelen el mar

y permiten que la turba madure, también impiden que los ríos fluyan, les cierra sus salidas y por lo tanto hacen que la recién formada tierra esté constantemente expuesta a las inundaciones, y bloquean los desagües de las avenidas. Durante muchos siglos los Fens fueron un retículo de pantanos y lagunas saladas. El problema de los Fens ha sido siempre el del drenaje.

Lo que empezó con la sedimentación fue continuado por el hombre. Rescate de tierras, drenaje. Pero no se pueden rescatar tierras del mar así como así. No se pueden rescatar sin grandes dificultades y sin incesantes esfuerzos y constante vigilancia. Incluso hoy en día la tierra de los Fens sigue teniendo que ser rescatada de las aguas. Estrictamente hablando, son tierras que jamás dejan de pertenecer al mar, que siempre están en proceso de ser rescatadas de él. Sin las bombas, los diques y zanjás, sin las obras de dragado... Y a los habitantes de los Fens no hace falta recordarles cuáles son los efectos que producen las fuertes lluvias tierra adentro, o los que son causados por la combinación de la marea de primavera y un nordeste fuerte.

Así que mejor será que olvidemos las revoluciones, los mojones históricos, las grandes metamorfosis históricas. Pensemos, más bien, en el lento y arduo proceso, en el interminable y ambiguo proceso —el proceso de la sedimentación humana— del rescate de tierras.

En primer lugar, ¿es conveniente que se rescaten tierras? No lo es para los que viven en el agua; ni para aquellos que no necesitan de la tierra firme bajo sus pies. No lo es para los pescadores, para los cazadores de aves y los recolectores de juncos que decidieron instalar sus húmedos hogares en estos tercos pantanos, que caminaban con zancos en época de inundación y vivían siempre como ratas de agua. No lo es para los hombres que destruyeron los diques medievales, a los que, de ser sorprendidos, se enterraban en la misma brecha que ellos habían abierto. No lo es para los hombres que cortaran las gargantas de los drenadores holandeses del rey

Carlos, para después arrojar sus cuerpos al agua por la que habían sido contratados para alejarla de allí.

Hablo de mis antepasados; de los tatarabuelos de mi padre. Porque mi apellido, Crick, que en tiempos de Carlos I se escribía a veces «Coricke» o «Crike», puede hallarse (basta con dedicarse un día a revolver los archivos locales) entre las listas de las personas que fueron sumariamente ajusticiadas por haber saboteado las obras de drenaje. Mis antepasados eran hombres de las aguas. Alanceaban peces y cazaban patos con redes. Cuando yo era pequeño pude contemplar un retrato vivo de mis antepasados, un tal Bill Clay, un tipo pequeño, apergaminado y esquelético de edad desconocida pero que no tendría menos de ochenta años, ex cazador de batea y ex cortador de turba, que en el curso de su vida había visto como todo acaba muriendo excepto las heces de los viejos pantanos de nuestra región; que apestaba, incluso cuando la materia prima de su subsistencia casi había desaparecido, a grasa de ganso y a pescado legamoso, a barro y a humo de turba; que iba vestido con un gorro de piel de nutría, polainas de piel de anguila, y cuyo cerebro estaba permanentemente enloquecido por el té de amapola que tomaba para prevenir la malaria invernal. El viejo Bill vivía con su esposa Martha en una húmeda casita de paredes resquebrajadas, no muy lejos del Ouse, y al borde del pantano rebosante de juncos y de superficie menguante que, recordando la gran extensión de agua que fuera en tiempos, se conocía con el nombre de lago Wash Fen. Aunque algunos decían que Martha Clay, que era unos veinte años más joven que Bill, jamás llegó a casarse con él. Algunos decían que Martha Clay era una bruja...

Pero evitemos los cuentos de hadas.

Llegaron los holandeses, dirigidos por el ingeniero Cornelius Vermuyden, y contratados primero por el rey Carlos, y luego por lord Francis, duque de Bedford. En honor del nombre de su amo, transformaron el río Bedford, y luego también el Nuevo Bedford —a fin de alejar la mayor parte de la corriente del Ouse de su perezoso

y recalcitrante cauce que pasaba por Ely—, en sendos canales rectos que corrían directamente hacia el mar. Estos mismos holandeses construyeron la Esclusa de Denver en la intersección del nuevo río con el viejo Ouse, y la Esclusa del Hermitage en la intersección sur. Cavaron también otras zanjás, acequias de drenaje, canales, canaletas, contracanales, y convirtieron cincuenta hectáreas de terreno en pastos de verano, ya que no de invierno. Los holandeses son un pueblo práctico y con visión de futuro. Y los antepasados de mi padre se les opusieron; y dos de ellos fueron ahorcados por hacerlo.

Vermuyden se fue (hubiese debido hacerlo con una fortuna, pero se la robaron las guerras de los Países Bajos) en 1755. Y la naturaleza, con más eficacia que mis antepasados, empezó a sabotear su obra. Porque, a medida que va construyendo, el sedimento también obstruye; deshace mientras hace. Vermuyden no supo prever que al abrir nuevos cauces para los ríos estaba reduciendo, en lugar de acelerar, su corriente, porque un río dividido lleva en cualquier punto dado un volumen menor de agua, y cuanto menor es la cantidad de agua que lleva un río, más reducida es también no solamente su velocidad sino también su capacidad de limpiar el cauce por el que discurre. Los nobles canales del duque de Bedford empezaron a llenarse de barro. Los sedimentos fueron acumulándose en los estuarios, donde la corriente de los ríos no era digno rival para la fuerza de las mareas, y acabaron alcanzando las esclusas.

Y hubo otra cosa que Vermuyden no supo prever. Que las tierras rescatadas encogen, de la misma manera que encoge todo aquello a lo que se le quita el agua. Y, cuando se seca, la turba, que absorbe el agua como una esponja, se encoge muchísimo. Los Fens están encogiéndose. Siguen encogiéndose hoy en día, y además hundiéndose. Tierras que en tiempos de Vermuyden estaban por encima del nivel del mar, se encuentran ahora por debajo de él. Muchos metros por debajo de él. No se pueden

exagerar los peligros existentes. Es una zona propensa a las inundaciones; existe una constante disminución de la pendiente de los ríos; un aumento de la presión que se ejerce contra las orillas artificialmente levantadas; aumenta la velocidad del agua que fluye desde las tierras altas hacia una cuenca hundida y que se va hundiendo cada día más. Todo esto, y, además, la sedimentación.

En el último decenio del siglo xvii se abrió un desgarrón de veinte metros en las orillas del Bedford. En 1713 la esclusa de Denver cedió, y la acumulación de sedimentos que había en su base era tan enorme que el Bedford se vio forzado a derramarse tierra adentro y corriente arriba, en dirección al viejo cauce del Ouse y la ciudad de Ely, porque no podía avanzar hacia el mar. Quedaron sumergidas miles de hectáreas de tierras cultivadas. Los campesinos tuvieron que vadear las aguas para llegar a la cama.

Y en algún momento de todo este proceso, por curioso que parezca, los antepasados de mi padre se pusieron de parte de los drenadores y los rescatadores de tierras.

Quizá no tuvieron otro remedio. Quizá aceptaron este trabajo porque no había otro. Quizá lo hicieron como bondadosa reacción ante la desgracia que supuso la inundación de las cosechas y los hogares. En 1748, en la lista de los obreros que cobraban el jornal por trabajar en la reconstrucción de la esclusa de Denver, aparecen los nombres de los hermanos James y Samuel Cricke. Y en los anales parroquiales de la comarca de los Crick, que en aquellos tiempos estaba al norte del pueblo de Gildsey y al este del nuevo cauce del Bedford, se encuentran, a todo lo largo del siglo y medio siguiente, y siempre en relación con las mismas actividades, nombres de otros muchos Crick. «John Crick, por reparar la orilla izquierda...»; «Peter Crick, por limpiar el fondo de la zanja de Jackwater y abrir el canal de la zanja Media...»; «Jacob Crick, por trabajar y reparar los molinos de viento en Stump Corner...».

Dejaron de ser hombres del agua para convertirse en hombres de la tierra; dejaron de pescar y cazar y se convirtieron en

fontaneros de la tierra. Se unieron al destino de los Fens, que no consistía en luchar a favor, sino en contra, del agua. Durante un siglo y medio estuvieron cavando, drenando y bombeando las tierras que hay entre el río Bedford y el Gran Ouse, con las botas permanentemente enlodadas, e ignorantes de hasta qué punto sus esfuerzos estaban, poco a poco, modificando el mapa de Inglaterra.

O quizá nunca dejaron de ser hombres del agua. Quizá se convirtieron en anfibios. Porque si te dedicas al drenaje estás siempre en contacto con el agua; tienes que conocer sus humores. Quizá en el fondo siempre supieron que, a pesar de sus esfuerzos por conservar la tierra, pertenecían a la antigua inundación prehistórica. Y por eso mi padre, que estaba al cuidado de la esclusa del Leem, seguía pescando anguilas y se apoyaba por la noche contra las compuertas y se quedaba mirando fijamente el agua..., pues, según dicen, el agua y la meditación van siempre juntas. Y así mi padre, que era supersticioso, siempre creyó que el viejo Bill Clay, el hombre de la marisma, que tenía los sesos muy averiados, era en realidad, y sin embargo, aunque muy pocos lo supieran, algo así como un sabio.

Si trabajas con agua tienes que conocerla y respetarla. Cuando te esfuerzas por dominarla, tienes que comprender que algún día puede subir y arrasar todo lo que has construido. Porque, ¿qué es el agua, niños, qué es eso que trata de dejarlo todo al mismo nivel, que no tiene prisa ni color propio, que no es más que una forma líquida de la nada? ¿Y qué son los Fens, que imitan en su carácter llano la disposición natural del agua, sino el paisaje que más se aproxima a la nada? Todos los habitantes de los Fens admiten secretamente esta realidad; todos los habitantes de los Fens sufren de vez en cuando la ilusión de que la tierra por la que andan *no está ahí*, flota... Y todos los niños de los Fens que ven libros ilustrados en los que el sol brinca por encima de las cumbres de los montes y el camino de la vida serpentea por entre verdes extensiones, y que aprenden cancioncillas en las que las personas suben y bajan

colinas, pueden algún día preguntarles a sus mayores: «¿Por qué son llanos los Fens?».

A lo cual mi padre contestaba, dejando antes que su rostro adquiriese una expresión extrañada y dolida, y que sus labios dibujasen durante un instante la forma de una «O»:

—¿Que por qué son llanos los Fens? Para que nada estorbe la perspectiva que Dios contempla...

Cuando la tierra se hunde por debajo del nivel del agua, no queda más remedio que bombearla. Es la única solución: el agua se niega a correr hacia arriba. Las bombas llegaron a los Fens en el siglo XVIII, en forma de molinos de viento de aspas negras. Más de setecientos molinos crujían, rechinaban y zumbaban al viento entre Lincoln y Cambridge. Y un antepasado mío, Jacob Crick, hacía funcionar dos de ellos en Stump Corner. Cuando los casacas rojas tomaban Quebec por asalto, y los ciudadanos de Nueva Inglaterra se alzaban en armas contra sus amos británicos (brindando así un ejemplo a los descontentos de París), Jacob Crick volvía la mejilla y el oído al viento a fin de percibir su dirección e intensidad. Y apoyaba todo su peso contra las palancas para colocar las aspas de sus molinos gemelos en la posición adecuada. Inspeccionaba sus ruedas de paletas y sus achicadores. Pero cuando no soplaba viento o el viento soplaba constante del mismo cuadrante, y no exigía que corrigiera la posición de las aspas, se dedicaba a pescar anguilas (porque en el fondo de su corazón seguía siendo un hombre del agua), no solamente con nasas de mimbre sino también con una larga lanza de múltiples hojas que llamaban fisga; y además cortaba juncos y cazaba gansos con trampas.

Jacob Crick fue el vigilante de los molinos de Stump Corner desde 1748 hasta 1789. Nunca se casó. Durante todos esos años no debió de alejarse más de dos o tres kilómetros de sus molinos, que tenía que vigilar y atender constantemente. Con Jacob Crick

aparece otra de las características de la familia de mi padre. Es gente fijada a un lugar. Gente que tiene las piernas atadas con ataduras invisibles, y a la que se ha impuesto la vigilancia estática del centinela. La mayor migración llevada a cabo por los Crick — antes de que yo, un Crick del siglo xx, fijara mi hogar en Londres— fue pasar de las tierras situadas al oeste del Ouse, a las del este: una distancia de diez kilómetros.

Y es por eso que Jacob Crick, molinero y aprendiz de ermitaño, nunca ve el ancho mundo. Aunque algunos dirían que los cielos de los Fens son suficientemente anchos. No llega a enterarse de lo que ocurre en Quebec o en Boston. Observa el horizonte, olisquea el viento, mira la llanura. Tiene tiempo para sentarse a reflexionar, para sentir tendencias suicidas o la serenidad de los sabios. Y adquiere la virtud, si es que se trata de una virtud, de la que los Crick han andado siempre sobrados: la flema. Un humor embarrado, sedimentado.

Y en el año 1789, que se distingue por su trascendencia y su escasa flema, y cuya importancia tan bien conocéis vosotros, aunque Jacob Crick no llegó a conocerla, murió Jacob Crick.

Sin esposa, sin hijos. Pero los Crick no se han extinguido. Un biznieto de Jacob, William, trabaja en 1820 de capataz de una brigada de obreros que están cavando el extremo sur del Eau Brink Cut, un nuevo y profundo canal que tiene que llevar a King's Lynn y por el camino más corto, las aguas del Ouse bajo. En 1822, Francis Crick, que quizá sea otro biznieto de Jacob, recibe el encargo de cuidar de la nueva bomba de vapor situada en Stott's Drain, cerca de Hockwell. Porque la bomba accionada por los molinos de viento ya ha quedado obsoleta. La utilidad de los molinos de viento es limitada. No sirven de nada cuando no hay viento o cuando sopla un vendaval; en cambio, las bombas de vapor siguen resoplando, haga el tiempo que haga.

De modo que la fuerza del vapor sustituye en los Fens a la fuerza del viento, y los Crick se adaptan, podríamos decir, a las

nuevas tecnologías. A las nuevas tecnologías, y a la ambición. Porque en estas pútridas aguas estancadas, en este sumidero de Inglaterra, ahora puedes labrarte una reputación. No solamente Smeaton, Telford, Rennie y otros muchos famosos ingenieros descubren que el drenaje es un problema en el que podrán poner a prueba su talento, sino que, además, todo un montón de especuladores que observan la rica y oscura tierra producida por el drenaje, ya han comprendido que es muy interesante invertir dinero en el rescate de tierras.

Uno de ellos se llama Atkinson. No es originario de los Fens. Es un próspero agricultor de Norfolk, un cultivador de malta procedente de las colinas en las que el Leem se desliza hacia el oeste para desembocar en el Ouse. Pero, en los años ochenta del siglo XVIII, y por motivos tan egoístas como relacionados con el bien público, idea un plan consistente en abrir a la navegación el río Leem, como medio para transportar sus productos desde Norfolk hacia el cada vez más importante mercado de los Fens. Mientras Jacob Crick alancea sus últimas anguilas junto a Stump Corner y escucha no solamente los crujidos de las astas de sus molinos sino también el crujido de sus viejos huesos, Thomas Atkinson compra, poco a poco y a precios bajísimos, numerosas hectáreas de pantanos y turberas a lo largo de las orillas del Leem. Contrata luego a unos agrimensores, y a expertos en drenaje y dragado. Se trata de un hombre seguro y con visión de largo alcance, de un hombre cuyo temperamento no es flemático sino sanguíneo y vigoroso, que ofrece trabajo y futuro a toda una comarca.

Y los Crick fueron a trabajar para Atkinson. Llevan a cabo su gran viaje, cruzan el Ouse y dejan al viejo Jacob en su solitario puesto de avanzadilla; y mientras que una de las ramas de la familia se dirige al norte para cavar el Eau Brink Cut, la otra se va al sur, al pueblo de Apton, donde los agentes de Thomas Atkinson están contratando mano de obra.

Y así es, niños, cómo llegaron a instalarse mis antepasados a la orilla del río Leem. Así es como, en los momentos en que la caldera de la revolución hervía en París a fin de que vosotros, algún día, llegaseis a tener un tema para vuestras lecciones, ellos seguían tan atareados como siempre en la limpieza de los canales, en el bombeo del agua, en la construcción de diques. Así es como, cuando en Francia estaban siendo dinamitados los cimientos, se estaban rescatando unas tierras que un día darían una cosecha de quince toneladas de patatas o diecinueve sacos de trigo por acre, la misma tierra en la que un día estaría el hogar del que luego se convertiría en vuestro profesor de historia.

Fue Atkinson quien encargó a Francis Crick el cuidado de una nueva bomba de vapor en Stott's Drain. Cuando yo era pequeño seguía funcionando una bomba en Stott's Drain, aunque ya no era de vapor sino que estaba accionada por un motor diesel, y atendida por alguien que no era un Crick, sino por Harry Bulman, que estaba a sueldo de la Corporación de la cuenca del Great Ouse, y esa bomba sumaba su pulsación a las de otras muchas aquella noche en la que me enteré de qué cosa eran en realidad las estrellas. Fue Atkinson quien, en 1815, construyó la compuerta y la esclusa situada a tres kilómetros de la confluencia del Leem y el Ouse, y quien la bautizó con el nombre de esclusa Atkinson. Y fue otro Atkinson, el nieto de Thomas, quien, en 1874, después de que una gran avenida destruyera la esclusa, la compuerta y la casita del esclusero, la hizo reconstruir y la hizo llamar nueva esclusa Atkinson. En aquel momento no fue un Crick quien se convirtió en el encargado de esa nueva esclusa, pero con el tiempo un Crick llegaría a ser su esclusero.

Pero, ¿por qué, podríais preguntarme, no progresaron más los Crick? ¿Por qué se conformaban con ser, como mucho, encargados de bombas, escluseros, humildes siervos de sus amos? ¿Por qué no salió de entre ellos ningún famoso ingeniero, por qué no se dedicaron a cultivar la rica tierra que ellos habían ayudado a crear?

Quizá fuera debido a esa antigua flema acuosa que enfriaba su cachazudo ánimo por mucho que la escupieran en grandes cantidades con sus gruesos salivazos de obrero. Porque, en medio de sus embarradas ocupaciones, no olvidaron sus orígenes marismeños; ni olvidaron tampoco que las aguas, por grande que sea la resistencia que les opongas, acabarán regresando; ni que los sedimentos se van acumulando; ni que hay en su naturaleza una fuerza que la impulsa a regresar.

Realismo; fatalismo; flema. Vivir en los Fens significa recibir fuertes dosis de realidad. La inmensa y llana monotonía de la realidad; el enorme y vacío espacio de la realidad. La melancolía y la autodestrucción no son cosas desconocidas en los Fens. El alcoholismo, la locura y la violencia repentina no son infrecuentes. ¿Cómo se puede superar la realidad, niños míos? ¿Cómo se puede adquirir, en un país llano, el tonificante que suponen los sentimientos elevados? Para un Atkinson es cosa fácil. Si te has convertido en un hombre próspero vendiendo cebada de primera calidad, si puedes contemplar desde las alturas de tus tierras de Norfolk las llanas extensiones de los Fens —este paisaje de la nada— y ver en ellos una idea, un tablero sobre el que dibujar tus planes, entonces sí puedes tratar de ser más listo que la realidad. Pero si naces en medio de ese llano, si estás fijado a él, pegado a él hasta por el sobreabundante barro que lo forma..., ¿puedes tan siquiera intentarlo?

¿Qué método adoptaron los Crick para tratar de burlar a la realidad? El de contar historias. Hasta la última generación, los Crick fueron seres no solamente flemáticos sino también supersticiosos y crédulos. Gente que se amamantaba de historias. Mientras los Atkinson hacían la historia, los Crick contaban cuentos.

Y es extraño —o quizá no sea extraño, quizá no sea en absoluto extraño sino incluso lógico— que los desnudos y vacíos Fens se presten tan bien a lo imaginario. Y a lo sobrenatural. Que las aldeas de las orillas del Leem estén pobladas de fantasmas y de leyendas

contadas una y otra vez con la mayor vehemencia. Los cisnes cantores del lago Wash Fen; el monje de Sudchurch; el barquero sin cabeza de Staithe, o la hija del cervecero de Gildsey. Que los Fens atrajeran en el pasado a visionarios y fanáticos: santa Gunilda, nuestra santa patrona, que en el año 695, más o menos, se construyó una cabaña de zarzo en un montículo de barro situado en medio de los pantanos, y resistió allí los ataques y los halagos de los demonios, y sobrevivió alimentándose exclusivamente de sus oraciones, y luego oyó la voz de Dios, fundó una iglesia y dio su nombre (Gunildsea-Gildsey: La isla de Gunilda) a una aldea. Que incluso en el científico y pragmático siglo xx, este futuro maestro temblara por las noches en la cama por miedo de algo —algo enorme y vacío— y que tuvieran que contarle historias y más historias a fin de apaciguar su desatada imaginación. Que observara religiosamente, porque otros también lo hacían, un catecismo de oscuros ritos. Cuando veas la luna nueva, revuelve las monedas que lleves en los bolsillos; pásale a alguien la sal y ayuda a otro en su dolor; jamás pongas los zapatos encima de la mesa ni te cortes las uñas los domingos. La piel de anguila cura el reumatismo; la rata asada cura la tos ferina; si pones un pez vivo en el regazo de una mujer, ésta no podrá tener nunca hijos.

Un país de cuento de hadas.

Y los Crick, a pesar de toda su insípida flema, creían en los cuentos de hadas. Veían a los espíritus de las marismas; veían quimeras. Mi padre vio una en 1922. Y cuando penetraron entre los Crick los ecos del ancho mundo, cuando por fin empezaron a llegarles noticias, nada esperadas por su parte, de que las colonias se habían rebelado, de que se había librado la batalla de Waterloo y la guerra de Crimea, escucharon estas nuevas con temor y reverencia, como si todo aquello no tuviera la solidez de la realidad sino la sutileza de un cuento maravilloso.

Durante muchos siglos los Crick permanecieron libres de todo contacto con el ancho mundo. Ninguna ambición los atrajo con

señuelos hacia la ciudad. Ninguno de los grupos y partidas que recorrieron el Ouse desde Lynn consiguieron reclutarlos para combatir por el rey o la reina. Hasta que la historia llegó a ese punto culminante —nuestra época, niños, nuestra herencia común— en el que el ancho mundo te afecta tanto si quieres como si no. Hasta que la historia da uno de sus bruscos saltos hacia atrás y le hace la corte a la destrucción. Vuelven las aguas. Durante los años 1916, 1917 y 1918 hubo muchas inundaciones de cultivos, muchos daños en los diques, gran acumulación de sedimentos en los estuarios, todo ello debido a que no estaban allí los que normalmente se dedicaban a las pacíficas tareas de drenaje y rescate de tierras. En 1917 son llamados a ponerse el uniforme y tomar fusiles George y Henry Crick, de Hockwell, Cambridgeshire, hasta entonces empleados de la Corporación para el Drenaje y la Navegación del río Leem.

¿Y dónde se encuentran ese otoño, por separado pero como miembros del mismo ejército asediado? En unas tierras llanas, barridas por las lluvias e inundadas. Unas tierras que no son muy diferentes de sus Fens. Unas tierras del mismo tipo que aquellas en las que el gran Vermuyden conquistó su fama y creó los ingeniosos métodos que, sin embargo, resultaron tan inapropiados en las regiones orientales de Inglaterra. Unas tierras en las que, en el año 1917, los hombres siguen cavando, atrincherando y enfrentándose a graves problemas de drenaje, más otros problemas de otra índole. Los hermanos Crick ven así el ancho mundo, que no es un relato legendario. Los Crick ven —pero, ¿no será esto únicamente una pesadilla, un mal recuerdo que siempre han tenido?— que el ancho mundo se hunde —vuelven las aguas—, que el ancho mundo está quedando sumergido bajo el barro. ¿Quién puede ignorar el barro de Flandes? ¿Quién puede, en este siglo xx en el que nos ha tocado vivir, en el que un colegial adolescente puede proponer que se dé una clase acerca del fin de la historia como tema de una lección de historia, quién puede ignorar que el barro de Flandes tira hacia abajo de sus pies, los va absorbiendo?

En enero de 1918 Henry Crick fue enviado de vuelta a la patria, con una oportuna herida de metralla en la rodilla. Para entonces, en Hockwell se han trazado ya los planes para elevar un monumento en memoria de los caídos en la guerra, un monumento en el que, entre otros, estará inscrito el nombre de su hermano. Henry Crick se convierte en paciente de un hospital. Henry Crick cojea, se tambalea y cae de bruces cada vez que oye algún ruido repentino. Durante mucho tiempo le resulta muy difícil separar mentalmente los campos extraños-pero-familiares de donde ha regresado, de los campos familiares-pero-extraños de los Fens. Teme que la tierra se estremezca y se hunda bajo sus pies, y que se convierta así en un cenagal. Desde el hospital le mandan a su casa convertido en una víctima de la neurastenia crónica. Sólo hay realidad, piensa. Ya no quedan historias. Cuando se refiere a sus experiencias bélicas, sólo dice:

—No recuerdo nada.

Tampoco cree que algún día acabará contando cuentos salobres de las trincheras:

—En algunos de los cráteres más grandes de los que iban abriendo las granadas, había anguilas...

Ni cree tampoco que algún día le hablará a su hijo acerca de la bondad de los seres humanos y de la leche del pecho de sus madres.

Pero a Henry Crick le ocurrirán muchas cosas. Se recupera. Conoce a la que será su esposa. Y ésta es, desde luego, una historia más que contar. En 1922 contrae matrimonio. Y ese mismo año Ernest Atkinson influye indirectamente en lo que será su futuro empleo. Indirectamente porque la palabra de los Atkinson ya no es ley; el imperio Atkinson, al igual que otros muchos imperios, se encuentra en decadencia, y desde antes de la guerra, desde que vendió la mayoría de sus acciones de la Corporación del Leem, Ernest Atkinson vive como un recluso, y algunos dirían incluso que

como un recluso loco. Pero en 1922 mi padre es nombrado encargado de la nueva esclusa Atkinson.

4

Ante el director de la escuela

Y Lewis dice:

—Vamos a suprimir la historia...

Así, simplemente. Como si no existiera ninguna necesidad de hablar detalladamente de las verdaderas y embarazosas razones de mi inevitable partida, que, aunque no hayan sido discutidas, son perfectamente conocidas por los dos. Como si pudiésemos jugar a que no tengo que irme bajo una tormentosa nube de deshonra personal, sino debido sólo a un simple replanteamiento de las asignaturas cursadas por nuestros alumnos.

Pero, aguarda un momento, Lewis. ¿Suprimir la historia? ¿Suprimir la *historia*? Si lo que quieres es despedirme, despídeme a mí, no despidas aquello que yo defiendo. No proscribas mi historia...

Queridos niños, mi loable y serio director —si se me permite dejar a un lado por un momento la discreción profesional— cree (diga lo que diga) que yo y mi departamento somos como una espina clavada en su carne. Cree que la educación tiene que estar pensada de cara al futuro y tratar sólo de él: lo cual me parece una teoría admirable, una hipótesis magnífica. Y es por eso que, por muy honrosa que sea su tradición académica, la asignatura que se propone como objetivo primordial el estudio del pasado es la primera en ser, *ipso facto*, suprimida...

Este tal Lewis, queridos niños —ése al que vosotros soléis llamar, como también lo hago yo, sin duda, Lulu—, trata de afirmar que soy un mal sujeto, y hasta que estoy un poco chiflado. Y que eso es el resultado inevitable de mi prolongada dedicación al abracadabra de la aborrecida historia.

—Jubilación anticipada, Tom. Cobrarás toda la pensión. La mitad del profesorado saltaría de alegría si se lo ofreciesen.

—¿Y el cierre de mi departamento?

—No se trata del cierre. Qué ridiculeces dices. No voy a *suprimir* la historia. Me limito a hacer una reducción inevitable. Ya no habrá un jefe del departamento de historia. La historia quedará incluida dentro del departamento de temas generales.

—Para el caso es lo mismo.

—Quiero que esto quede claro, Tom. Ésta no es una decisión que haya tomado yo personalmente. No siento, ciertamente, un gran aprecio por tu asignatura. Nunca he tratado de disimular mi opinión. Tampoco a ti te gusta la física. Ni tampoco, y lo has dicho muchas veces, has sentido jamás simpatía por el director de la escuela. Durante muchos años hemos peleado el uno contra el otro —una débil sonrisa—, y ésa ha sido la base de nuestra amistad. Una leve y saludable animosidad académica. Pero aquí no se trata de venganzas. Ya sabes lo fuertes que son las reducciones presupuestarias. Y sabes qué clase de presiones están siendo ejercidas contra mí. Me piden una enseñanza que tenga «relaciones prácticas y directas con el mundo actual». Y maldita sea, no puedes negar que se ha ido reduciendo cada vez más el número de alumnos que elegían como asignatura la historia.

—Pero, ¿qué me dices de ahora, Lew? ¿Qué me dices de estas últimas semanas? Sabes tan bien como yo que nada menos que seis alumnos que estudiaban otras asignaturas han solicitado

pasarse a mi grupo de primer nivel. Parece que ejerzo algún tipo de atracción, ¿no?

—Si llamas «atracción» a abandonar por completo el programa de la asignatura..., si llamas «atracción» al hecho de haber convertido tus clases en poco menos que números circenses...

Suelta un bufido y empieza a perder la paciencia.

—Te aconsejé a tiempo, Tom. Actué como un amigo, te dije que te tomaras un descanso, que te fueras una temporada de aquí...

(Para no poder regresar al departamento de historia, maldita sea).

—Si decidiste insistir...

Se pone en pie. Inspira profundamente, varias veces. Se acerca a la ventana, con las manos en los bolsillos, inclinándose de forma que traza una línea torcida en relación con el ángulo de la ventana y el archivador contiguo. Cuatro y media. Las clases terminadas. El crepúsculo empieza a invadir el campo de juegos.

—Ocurre además, Tom, que estoy de acuerdo con los que tienen el verdadero poder. Creo que hay que preparar a los chicos para el mundo real. Ocurre, Tom, que creo que estamos aquí para eso precisamente. —Un ademán con la mano para señalar el campo de juegos—. Tenemos que enviar a estos chicos y chicas al mundo habiéndoles proporcionado cierta conciencia de su utilidad, cierta capacidad para aplicar unos conocimientos prácticos, en lugar de un disparatado montón de informaciones inútiles...

(Vaya, ya salió...).

Un hombre diligente y perseverante. Sin duda. A veces, cuando salgo del colegio, veo encendida todavía la luz del despacho de Lewis, en el primer piso, colgando como un faro entre las aulas a oscuras. Es un hombre que se toma las cosas en serio, que trabaja mucho. Y que, cuando sus ideas no prevalecen, sufre tremendas preocupaciones, a modo de penitencia y desagravio. Se preocupa

por sus alumnos. Se preocupa pensando que en la década de los ochenta no puede proporcionarles unas expectativas magníficas. Las preocupaciones le han brindado una úlcera, que suele calmar con el *whisky* que guarda en un archivador (también estoy enterado de eso).

Y ahora, niños, un breve retrato de nuestro director:

Érase una vez, allá por los dorados años sesenta... Pero vosotros no recordáis nada de los dorados sesenta. Estaba muy bien en aquel entonces ser revolucionario; era incluso perfectamente posible serlo. Eso era resultado (veamos las cosas con perspectiva histórica) de cierta prosperidad pasajera, de la expansión de la educación y de unas perspectivas muy buenas a corto plazo. Algo así como una revolución de los jóvenes... También era el período de la guerra fría, de la crisis de Cuba y del misil balístico intercontinental...

Érase una vez, allá por los dorados años sesenta, cuando vosotros nacíais y Lewis, aparte de ser nombrado director (su único rival era un profesor de historia, un hombre que a pesar de su veteranía prefería seguir dando clases), estaba muy ocupado engendrando a sus propios hijos, a los que podía ofrecer un gran futuro. Eran buenos tiempos para los directores de escuela. Nuestra escuela era una nueva nave que zarpaba con rumbo a la tierra prometida. Lewis, nuestro esforzado capitán, era profesor de física y química (la tecnología se encontraba entonces en su período candente), y caminaba confiado de un lado a otro del puente.

La nave sigue siendo suya. Pero ya no es el capitán. Se ha convertido en un simple mascarón decorativo. Firme e incondicional, pero simple mascarón a la postre. Dadle un golpecito. Por debajo del barniz hay madera sólida (y la carcoma de la preocupación). El mascarón de proa de nuestra nave es una copia de un director de escuela de hace quince años.

Vedle en la asamblea de la mañana. (¿Le veis? ¿Le oís también? Sí, sí, ejerce cierto hechizo). Nunca pillaréis al viejo Lulu

con expresión apesadumbrada. Nunca le veréis subido al estrado sin el mentón bien alto, en un gesto determinado, siempre con una sonrisa y un chiste preparados. Él cree que éste es ahora su papel: mantenerse firme, seguir sonriendo siempre. Pero enmascarar las huellas de la preocupación no es tarea fácil. Te acaban saliendo úlceras.

Y sabe tratar a los chicos. Tiene tres hijos. Te arrincona con ellos en la sala de profesores. («Éste es mi David, ésta es mi Cathy...»). En una cena íntima (los invitados son Tom y Mary Crick) anuncia, sin que la bebida haya empeorado su humor, que está pensando en la posibilidad de instalar un refugio atómico en su casa.

—Por los chicos, solamente por los chicos...

Aunque ahora ya no puede ser el Santa Claus generosísimo de antaño, aunque ya no puede andar por ahí con sus promesas envueltas en papel de seda, sigue administrando con la misma liberalidad de antaño los golpecitos en la cabeza y las exhortaciones más animadas. Limitaos a estudiar mucho, a ser los mejores de vuestro curso. Vuestra educación os salvará. Un colegio es como un microcosmos, de modo que si el colegio va bien... Sabe tratar a los chicos.

Lo que no le gusta tanto son los problemas de los mayores, el podrido mundo de los adultos. Quiere ser un buen amigo de sus alumnos: y mantener las distancias con el profesorado. Es ante los problemas de los profesores que se muestra muy poco comprensivo...

Debe de haberlo estudiado con la Corporación. Ha aprovechado la excusa de la actitud apremiante de sus superiores para imponer los recortes. Hay que echar a ese profesor. No cabe la menor duda. Pero, ¿cómo evitar todo ese jaleo típico del mundo de los adultos? Reorganización de departamentos. Directrices presupuestarias... Y

la importancia y significación de cada asignatura en relación con el mundo real...

(Pero, ¿desde cuándo vives tú, Lew, en el mundo real?).

De modo que lo que dice es:

—Vamos a suprimir la historia.

En lugar de decir:

—Si hubiese sido otra cosa, cualquier otra cosa... Pero robar un niño. Robar un *niño*. Y la esposa de un profesor. No puedes decir que eso carezca de repercusiones. Y esas malditas informaciones de la prensa...

En lugar de decir:

—Te apoyaré, Tom. Te defenderé. Pero, en estas circunstancias..., con tus lecciones..., tus números de circo...

En lugar de decir:

—¿Y cómo se encuentra ella, Tom?

(Está lo que antiguamente se habría llamado loca. Está en lo que antes, pero ahora ya no, solía llamarse manicomio).

En lugar de decir:

—¿Por qué?

Sólo dice... Pero ni siquiera puede decir lo que pensaba decir: abre el archivador, va a ofrecerme *whisky*. Sin razones, sin explicaciones, sin resolver el pasado. Sería capaz de fingir que nada es real. La realidad es muy extraña, extraña e inesperada. No quiere que hablemos de ello.

El señor Lewis Scott, el director del colegio, dijo hoy que no tenía nada que comentar cuando tuvo que enfrentarse a la airada reacción de los padres del alumnado.

Lo que él querría es que todo hubiese terminado, que fuese un asunto concluido.

Jubilación anticipada. Con toda la pensión. Vamos a suprimir la historia.